



La fantasía de Julio Verne

Una ciudad con calles de oro, con doce pirámides y palacios dignos de la Mil y Una Noches, es buscada por arqueólogos, antropólogos, biólogos, geógrafos, un cineasta y un periodista; los científicos encuentran en la Antártida un tipo de roca desconocido hasta ahora; tres argonautas son aclamados como héroes porque cruzaron el Atlántico en globo; seis romanos intentan descender el Mar Negro en una balsa de diez trocos de abeto; montados sobre 132 barriles de petróleo vacíos, dos mujeres y cinco hombres pudieron desde África hacia Sur América; por primera vez una solitaria mujer le da la vuelta al mundo tripulando una embarcación de velas; un piloto de la República Federal de Alemania realizó el primer vuelo sobre el Polo Norte guiando un monomotor...

¿No es verdad que esos temas nos atrapan? Pues todos ¡y muchos más! los encontramos en los libros que Julio Verne escribió hace más de un siglo. Y es que todavía vivimos en buena medida el maravilloso mundo, plétórico de fantasías y sorpresas, y también rebosante de futuros, de Julio Verne. Su mágica influencia, que libera del presente y que envuelve en la emocionante atmósfera de la acción, de la lucha y de la creación, aún nos llega sensiblemente. Para suerte nuestra.

Y es que Julio Verne (nacido en 1828 y murió en 1905) fue el primer novelista que se desembarazó del boy, de todas sus limitaciones, y se fue a decubillar por los espacios abiertos, infinitos y embriagadoramente luminosos del porvenir. En tanto que en su época otros se autodevoraban con reconcentrados subjetivismos, él abrió puertas y ventanas y salió al sol, y con las bocas de siete lenguas de la imaginación paseó por esos maravillosos jardines de sueños que llevan al mañana.



Aún vivimos de algún modo bajo el signo de Julio Verne, el francés (nacido en Nantes, la ciudad que omite al Leiria), que creó la novela científica. Y tanto es así que innumerables como estamos en tantos nuevos y portentosos descubrimientos científicos, cuando leemos sus relatos no titubeamos en abordar sus globos y sus balsas y la imaginación, la maravillosa imaginación, nos permite vivir emociones, peligros y triunfos.

De este hombre alto, bien plasmado, de barbas que lució desde los 40 años de edad, se cuentan muchas anécdotas. Pero la más conocida es la de la vez que visitó el Ministerio de Instrucción Pública de Francia. Cuando el funcionario que lo recibió supo quién era, se apresuró a ofrecerle una silla, diciéndole:

«Señor Verne, tenga la bondad de sentarse. ¡Con tanto como usted viaja tiene que estar cansado!»

Pero lo cierto es que mientras escribía sus

novelas Verne no viajó. Las redactó a mano en un despacho que se hizo montar en una pequeña torre de su residencia. Antes había ido a Escocia y, brevemente, a Estados Unidos. Sólo eso.

Foto universitaria (era abogado) se decidió a hacerse escritor, y lo logró. ¡Pero sus comienzos fueron para desanimar a cualquiera! En 1848 (había nacido veinte años antes, el 8 de febrero), escribió dos esperanzas, y dos años después, dos comedias; pero todas fueron acogidas con muy poco entusiasmo. También hizo colaboraciones periodísticas (sus primeros relatos de viajes fantásticos), pero todo sin grandes resultados. Resolviendo su situación económica mejoró sólo cuando su padre, por centésima vez, lo ayudó haciéndolo agente de la Bolsa. En aquella época el empujón y hasta entonces frustrado escritor se levantaba a las seis de la mañana, escribía para «*Le Musée des Familles*» hasta las diez, y entonces se iba a hacer las operaciones bursátiles.

Se sabe que el autor de su vida fue el que profesó a su prima Caroline (quien no le correspondió), pero él, siempre divertido e ingenioso, se enamoró otras muchas veces. Cuando durante una fiesta escuchó que su pretendida de ese momento le decía a una amiga: «Me están matando las ballenas del coral», el joven Verne no tuvo empacho en comentar en voz alta: «¿Cómo me gustaría lanzarme de cabeza a jugar con esas ballenas!». El padre de la joven se enteró del comentario y Julio fue expulsado de la fiesta. Al fin se casó con una joven viuda, Honorine de Viane, de la que podemos decir que, quizá, sea a ella a quien debemos la obra de Verne.

Lo ocurrido fue así: Verne escritor desconocido que no acaba de triunfar pese a sus tenaces empeños, ya había escrito su primer libro: «*Cinco semanas en globo*», y comenzó a llevarlo a los editores.

El primero le dijo que no le interesaba. También el segundo y el tercero. Y el cuarto y el quinto. ¡Todos! ¡Visto hasta quince editores. Todos le dijeron que no les interesaba

el libro. Y Julio, en un acceso de ira, arrojó los originales al fuego. Pero Honorine los rescató y cuando, posteriormente, Verne los llevó a Netzel (el decimosexto editor!), este los publicó. El triunfo llegó de golpe.

De modo que podemos decir que Julio Verne se hizo escritor a fuerza de voluntad. ¿Resultado? Pues un total de 104 libros, casi todos traducidos a varios idiomas, incluyendo el japonés y el árabe; algunos han sido llevados al teatro y al cine, y muchos han establecido verdaderos tipos de hombres y de conductas. Pero, y esto es lo más importante, el resultado incluye la influencia que ese trabajo ha ejercido sobre generaciones completas y, particularmente, sobre hombres que también han sido excepcionales. Por ejemplo: el almirante Byrd dijo que Julio Verne había sido su guía durante su vuelo sobre el Polo Norte; en el sesquicentenario de su nacimiento, Fernand de Lesseps, autor del Canal de Suez, hizo que fuese condecorado con la Legión de Honor por su libro «*Viaje al centro de la Tierra*»; Simón Lake, padre del submarino, incluyó su autobiografía diciendo que Julio Verne había sido «el director general de mi vida»; también inspiró a Augusto Picard, el explorador de las profundidades marinas, y a Marconi, el inventor de la telegrafía inalámbrica; Lysseny, mariscal de Francia, dijo en la Cámara de Diputados en París que la ciencia era sencillamente la puesta en práctica de las visiones literarias de Julio Verne; Juan M. Churruarín, el notable médico jefe de las expediciones científicas al Antártico confesaba: «Pue el capitán Hatteson (personaje de Verne) quizá reveló mi vocación»; el ategiro de La Cierba se inspiró directamente en el fantástico apogeo de Robur el Conquistador; George C. Lude encontró el principio de la utilización de la energía térmica de las mareas en una frase del capitán Nemo; Conan Doyle aprendió francés leyendo a Julio Verne, y se cree que su Sherlock Holmes está inspirado en una caricatura de policía de «*Los hijos del capitán Grant*».

YAYO MOREJÓN

Punto Final 440 (5. marzo 99) p 21

9975

La Fantasía de Julio Verne [artículo] Yayo Morejón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morejón, Yayo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Fantasía de Julio Verne [artículo] Yayo Morejón. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile